

Anita

Recuerdos de un contraguerrillero

Honoré Beaugrand*

Honoré Beaugrand (1848-1906) fue un político, periodista y escritor franco-canadiense. En 1890 se decía de él: "Ha fundado cinco o seis periódicos, ha publicado varios libros, se ha hecho rico, ha sido dos veces alcalde de Montreal, es oficial de la Légion d'Honneur, condecorado por los cuatro costados, tiene apenas 40 años y se las arregló para encontrar tiempo para participar en la intervención francesa en México, visitar varias veces Europa y África e ir hasta los países vírgenes del lejano oeste para registrar las huellas de los canadienses que lo precedieron y recoger sus leyendas." En 1874 publicó Anita : souvenirs d'un contre-guérillas, relato inspirado por sus aventuras en México cuando tenía entre 16 y 18 años. (La Redacción; para más información, ver: http://agora.qc.ca/mot.nsf/Dossiers/Honore_Beaugrand)

I

Los soldados de Dupin estábamos acostumbrados a batirnos con fuerza y vigor. Sobre todo cuando se tenía el honor de pertenecer a la segunda compañía montada de la "Contraguerrilla", compañía comandada, por supuesto, por un nieto del mariscal Ney.

Famoso regimiento aquel, ¡le doy mi palabra, lector!

Los soldados de Dupin, –como decíamos entonces– bebíamos mucho, organizábamos francachelas entre acto y acto; pero la primera llamada del clarín nos hacía volver a entrar en escena, y teníamos la reputación de pelear

* Traducción de Arturo Vázquez Barrón.

como perros rabiosos; eso hacía que los chinacos nos aplicaran el gentil apodo de diablos colorados.

Aquellos buenos mexicanos tenían, a fe mía, razón para no querernos, porque les pagábamos con creces y hasta con créditos.

Era el primer día de febrero de 1866, si no mal recuerdo. Estábamos de paso en Monterrey, provenientes de Matamoras, y nos dirigíamos a encontrar la división Douay, que estaba acampando frente a los muros de San Luis Potosí. Nuestro escuadrón escoltaba un convoy de víveres. Como los muleros mexicanos nunca llevan prisa, y como el tren no iba rápido, había yo pedido permiso de adelantarme un día al destacamento, lo cual se me había concedido; y me encontraba en Monterrey, veinticuatro horas antes que mis compañeros.

Así como me he preocupado por decirles que quería pasar un día en Monterrey, del mismo modo habré de completar de inmediato mi confidencia, y decirles que los ojos negros de una señorita tenían mucho que ver en esta decisión tomada de prisa. Yo era sargento de caballería de mi escuadrón, y no habría querido, por nada del mundo, perder la ocasión de dar algún sablazo que habría podido valerme la capona de subteniente, objeto entonces de todos mis sueños.

Llegué entonces a galope y avisté la Silla y, un cuarto de hora después, me enteraba de que el objeto de mi carrera a campo traviesa se encontraba desde hacía unos días en casa de una de sus parientas, en Salinas.

Imagine usted mi desesperación.

¿Qué hacer?

Tenía muchas ganas de ver a Anita, y Salinas estaba a una distancia de más de diez leguas de Monterrey. Sólo tenía veinticuatro horas de adelanto sobre la columna, y me era por completo imposible pensar en hacer treinta leguas en un día en mi caballo, que ya estaba fatigado, y retomar después el camino con mis compañeros de armas.

Me sentía furioso por este contratiempo, cuando de pronto recordé que traía cincuenta dólares en el bolsillo. En Monterrey, un buen mustango se compra y se vende por dos onzas de oro. Encontré de inmediato un chalán que me proporcionó una montura decente por veinticinco dólares, y después de haberle confiado mi fiel Pedro —mi caballo— al muchacho encargado de las caballerizas del hotel San Fernando, me alisté para tomar el camino hacia Salinas.

Me hicieron notar que habían visto chinacos por los alrededores desde hacía algunos días, pero cuando se es militar y se está enamorado, nada le importa a uno –incluso y sobre todo las cosas más serias.

Así que estaba dispuesto a desafiarlo todo, fatigas y juaristas, para tener el inefable placer de contemplar por unos instantes los ojos negros de mi novia.

Puse cápsulas nuevas a mis revólveres americanos, y tomé una doble dotación de cartuchos para mi carabina *Spencer*.

II

Momentos después, ya iba galopando por la carretera polvorienta que corre a orillas de las elevadas montañas que rodean Monterrey. Mi caballo era un prodigio, y me entusiasmaba la sorpresa que iba a causarle a mi Anita, quien pensaba que todavía me encontraba en Victoria, guerreando contra ese bandolero de Canales.

Contestaba con una sonrisa los buenos días hipócritas de los rancheros que me encontraba en la carretera. Era obvio que esos canijos nos saludaban de dientes para afuera, mientras que con el corazón nos mandaban al diablo. Pero iba yo de buen humor y me olvidaba por el momento de que me encontraba en región enemiga.

Así recorrí, sin pensar, cinco o seis leguas. El corazón me latía de gusto al pensar en la feliz ocurrencia que había tenido de procurarme una nueva montura, lo que me permitiría pasar siete u ocho horas cerca del objeto de mi afecto. Es ésa una dosis de enorme felicidad para un militar en campaña, no ponga en duda mis palabras, dichoso lector que nunca ha dejado la apacible categoría de los civiles.

Iba pues galopando contento conmigo mismo y sin pensar para nada en el peligro, cuando llegué al vado de un pequeño río que tenía que cruzar para seguir mi camino. Solté la rienda a mi caballo para permitirle que abrevara el agua clara sobre un lecho de guijarros; y estaba haciéndome un cigarro cuando el ruido de varios caballos me hizo voltear. Vi a cinco o seis jinetes que se dirigían hacia mí pero que, evidentemente, hasta ese momento no me habían visto todavía. Sus ropas medio militares hicieron que me asegurara con quién

me las tenía que ver, antes de dejarlos acercarse más, y los interpelé con la frase consagrada:

– ¿Quién vive?

– ¡Amigos! Respondieron a coro mis interlocutores, que seguían avanzando y me lanzaron al pasar unos buenos días que me parecieron sospechosos. Los dejé avanzar y cruzar el río, pero decidí no perderlos de vista, para evitar cualquier tipo de malentendido con gente que me daba mucho la impresión de ser parte de alguna banda de los alrededores. Así que los seguí a distancia, muy decidido a no darles la ocasión de esconderse en la maleza y dispararme a la manera acostumbrada por los bandoleros con quienes estábamos en guerra.

Creí percibir que uno de ellos volteaba de vez en cuando, como para cerciorarse de que continuaba siguiéndolos, pero llegué a ya no ponerle atención y a creer que, después de todo, esos pobres diablos podían ser sólo unos apacibles rancheros que iban de regreso de Monterrey. Dejé pues de vigilar y poco a poco volví a caer en la serie de ideas color de rosa que me inspiraba la idea de encontrarme dentro de poco con Anita.

Probablemente esté sonriendo, lector, por mi entusiasmo amoroso cuando le hablo de mi pasión; mas antes de contarle las aventuras que me valió esta relación digna de mejor suerte, déjeme decirle que mi mexicana sí que valía la pena.

Ya pronto serán quince años que me olvidé de ella y, palabra de ex contraguerillero, cuando de pronto la recuerdo sin querer, me sorpendo echando de menos la plaza de Monterrey y las encantadoras charlas que ahí teníamos, Anita y yo, oyendo la música del 95 regimiento. Yo hacía retumbar mis espuelas y sonar mi gran sable de caballería sobre las losetas, y ella les sonreía bajo la mantilla –la pícara– a los oficiales de estado mayor celosos de mi buena fortuna.

III

Pero regresemos a la gran carretera de Salinas y a los desconocidos jinetes que iban galopando delante de mí.

Había pues hecho callar mis sospechas, y hasta había olvidado toda idea de peligro, cuando llegué, todavía a galope, a un lugar en el que la carretera se

desviaba de pronto. Mis mexicanos de hace rato me esperaban ahí con la pistola en la mano, y me recibieron con un brusco:

— ¡Alto ahí!

Mi caballo se encabritó, y mi mano derecha todavía estaba buscando las pistoleras de mi silla cuando oí tras de mí el silbido tan familiar del lazo. Sentí que la cuerda se me apretaba alrededor de los hombros y un instante después caía yo en el polvo. Un bandolero chinaco me había atado por atrás, mientras sus dignos compañeros me apuntaban por adelante.

Bonita posición para un suboficial que tenía el honor de estar a las órdenes de Dupin. Me sentía atrapado como el cuervo de la fábula.

Como verdaderos mexicanos, que hacen su trabajo con un ojo en los negocios, mis valientes adversarios empezaron a despojarme de todo lo que poseía y que no valía ni medio centavo, dándome de patadas a cada rato para hacerme sentir que estaba a su merced. Los epítetos más injuriosos tampoco me faltaron, mientras que me ataban fuertemente los brazos de modo que no pudiera hacer un solo movimiento para defenderme.

Todo lo sufrí en silencio, reservándome mentalmente el derecho a centuplicar mi venganza si alguna vez la ocasión se me presentaba.

Me pusieron en mi caballo y, después de atarme las piernas a la cincha con el fin de que no tuviera el menor deseo de intentar escaparme, dejamos la gran carretera para adentrarnos en la maleza. Después de viajar durante algunas horas, llegamos a una fea choza abandonada, situada a orillas de un riachuelo que bajaba de las montañas para ir a dar probablemente al Sabinas.

Ahí pasamos la noche, y me hicieron el honor de poner a un centinela para que me vigilara, precaución por demás inútil, gracias a los lazos con los que estaba literalmente cubierto de pies a cabeza.

Con una generosidad que no esperaba de ellos, mis guardias me dieron mi parte de una merienda excelente que prepararon con cuidado, y hasta me ofrecieron un buen vaso de mezcal que acepté de buena gana.

A las preguntas que hice para conocer lo que pretendían hacer conmigo, se me respondió invariablemente que la noche siguiente sabría qué esperar al respecto.

Ya te imaginarás, lector, la impaciencia con la que esperaba la hora en que sabría la suerte que me tenían reservada.

Mal que bien dormí, y volvimos a tomar temprano un sendero que nos conducía a la gran carretera.

Seguía atado hasta las orejas, y me veía yo afligido entre los dos grandes mozos encargados de vigilarme.

Hacia el mediodía, habíamos llegado a Lampasas [sic: Lampazos]; y no fue sino hasta que percibí un batallón de chinacos que hormigueaba en la plaza pública cuando empecé a entender lo que querían de mí.

Sentí que, de acuerdo con su costumbre, los juaristas primero iban a intentar hacerme *cantar*, tal vez ofreciéndome un grado cualquiera como premio por las informaciones que pudiera darles, y que, si me negaba por completo a realizarlo, podrían hacerme *estirar la pata*.

Esa manera de actuar con sus prisioneros era proverbial entre los mexicanos, y me lo esperaba con una tranquilidad bastante mal sacada de mi voluntad irrevocable de aparentar indiferencia ante el peligro de mi circunstancia.

IV

Seguía pensando en las vicisitudes de la vida del soldado cuando un ordenanza vino a anunciarme que me esperaban con el general Treviño, cuya brigada se encontraba de paso en Lampasas.

Yo conocía a Treviño de reputación como uno de los buenos generales que habían prestado servicio con Juárez, y mentalmente di las gracias a mi estrella por esta especie de buena fortuna en mi desgracia.

Después de cortar las cuerdas para permitirme caminar, me condujeron a un gran salón, en la planta baja del palacio municipal, en donde me hicieron esperar para que disfrutara del placer de Su Excelencia el General Comandante Superior.

Si bien la exactitud es la cortesía de los reyes, siempre nos ha parecido evidente que los reyes de México debían de poseer una descortesía flagrante, a juzgar por el comportamiento de los funcionarios de la actual república.

Me hicieron esperar dos largas horas sin beber ni comer, lo que me pareció un mal augurio por el buen humor del general.

Cuando está en juego la vida de un hombre, se vuelve supersticioso en extremo, y los acontecimientos menos importantes resultan a sus ojos pronósticos serios.

Por fin me transmitieron la orden de avanzar, y me encontré en presencia de quien iba a decidir si, de acuerdo con la costumbre, debía yo dentro de poco ir a balancearme del extremo de una cuerda, suspendida de las ramas del árbol más cercano.

Entré con un paso firme y un aire de seguridad que no iban muy de acuerdo con las negras ideas que me pasaban por la cabeza.

Varios oficiales estaban sentados alrededor de una mesa cubierta de mapas y de comunicados. El general, de uniforme, iba y venía a grandes zancadas por el salón y parecía absorto en sus pensamientos. Por el ruido que hicieron mis guardias al entrar, levantó la cabeza y, con la mano, me hizo señas de que avanzara hacia él.

— Mis hombres me informan, dijo, que lo detuvieron en la carretera de Monterrey a Salinas; y me parece por lo menos curioso que haya usted tenido la audacia de aventurarse en un terreno que está por completo en manos de nuestras tropas desde hace varios meses. Los que lo hicieron prisionero lo acusan de espionaje, y pienso que tienen razón. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

— Nada, general. Es dable que su gente me acuse de espionaje cuando usted sabe que no puedo aportar ninguna prueba en contrario. Conozco las leyes de la guerra por haberlas ejecutado yo mismo por órdenes de mis superiores. No soy un espía, pero tal vez me resulte imposible probárselo. Las razones que me llevaron a emprender el viaje de Salinas son de naturaleza por completo pacíficas; le doy mi palabra de soldado.

El general me miró fijamente con ojos escrutadores, pero le aguanté la mirada con una seguridad que me pareció tener buen efecto.

— ¿Y cuáles son esas razones?

Bajé la cabeza sonriendo y conté al sorprendido general mi amor por Anita y mi resolución de saludarla al pasar por Monterrey. Le comuniqué mi resolución de ir a Salinas, a pesar de las advertencias que me habían hecho sobre la presencia de los juaristas en ese lugar, y le relaté mi subsiguiente arresto por sus hombres.

Prosiguió con su ir y venir durante algunos minutos, y parecía pensar en lo plausible de mi historia; luego se volvió de pronto hacia mí:

– Me parece usted un buen tipo, dijo, y creo que me está diciendo la verdad. Pero si no fuera usted uno de los hombres de Dupin, apenas daría crédito a sus palabras. Su regimiento pelea como una brigada y los buenos soldados están muy enamorados, sobre todo los franceses. ¿Qué diría usted, sargento, si le ofreciera las charreteras de capitán en uno de mis regimientos de lanceros?

– Diría, general, que probablemente quiere burlarse de mí, lo cual sería apenas generoso de su parte.

– Nada más serio que esto. Bastará con una palabra y se le devolverán sus armas junto con su libertad. Además, como ya se lo dije, una compañía de valientes soldados de la República Mexicana quedará bajo sus órdenes.

– General Treviño, contesté irguiéndome y mirándolo de frente, si algún desdichado, olvidando su deber y su honor de soldado leal, ha podido prestar su espada en tales condiciones sin morir de vergüenza, sepa usted que yo no soy uno de esos hombres. Mejor morir mil veces como simple soldado fiel a mi deber de hombre honrado, que vivir con un grado que habría comprado al precio de una traición vergonzosa.

– ¿Es esa su última palabra?

– Sí, general.

– ¿Ya lo pensó bien?

– Ya lo pensé bien.

El general pareció absorto en sus pensamientos durante unos instantes, y luego se volvió hacia uno de sus ayudantes:

– Capitán Carrillos, dijo, encárguese de que al prisionero lo lleven bien escoltado al campo de Santa Rosa, y que ahí se quede hasta nueva orden. Con un ademán a los guardias que me habían llevado, me remitió al cuerpo de guardia en espera de mi partida, que no debía de tardar mucho en ocurrir.

V

Por el momento estaba a salvo; pero si había que creer los relatos de aquellos soldados nuestros que habían tenido la experiencia de unos meses de cautiverio con los mexicanos, no tenía yo mucho de qué alegrarme.

Los mexicanos, salvo raras excepciones, trataban a sus prisioneros un poco a la manera de los indios de las llanuras del Oeste.

Entre ellos se acostumbra la esclavitud acompañada de todos los malos tratos, que su naturaleza salvaje y vengativa les sugería a estos soldados semi-bandoleros.

Me quedaba sin embargo una última oportunidad: la evasión.

Costara lo que costara, estaba bien decidido a arriesgarlo todo para recuperar mi libertad. Por eso, de inmediato comencé a elaborar planes más o menos prácticos para escapar de las manos de los chinacos.

Al día siguiente, muy de mañana, flanqueado por dos hombres a caballo y atado de nuevo de pies a cabeza, tomaba la carretera hacia Santa Rosa.

Ya que estábamos en territorio amigo para los juaristas, mis guardias me dejaron cierta libertad; y de no ser por las cuerdas que me lastimaban terriblemente, no habría tenido mucho de qué quejarme de estos señores. Treinta y seis horas de camino debían conducirnos al campo, y, mientras tanto, me quebraba la cabeza para encontrar la manera de engañar a mis mexicanos.

Si hubiese tenido oro, habría podido comprarlos en cuerpo y alma, ya que es proverbial que estos descendientes de Cortés —al igual que sus ancestros— casi no pueden resistir los encantos de una suma un tanto respetable; pero no tenía un centavo. Todo me lo habían quitado.

Acampamos, la primera noche, en los alrededores de Monclova, y pasé la noche meditando planes de evasión, unos tan imposibles como los otros.

Nos pusimos en marcha de nuevo muy temprano, con la esperanza —para mis guardias por supuesto— de lograr llegar esa misma noche a nuestro destino.

Empecé a creer, después de todo, que tendría que esperar una ocasión más favorable, y mal que bien ya me estaba resignando a sufrir mi suerte, cuando hacia las tres de la tarde nos detuvimos en la Hacienda de los Hermanos para que descansaran los caballos y cenar nosotros mismos, que buena falta nos hacía.

Ahí, me enteré por un peón que los franceses habían sido vistos la víspera en la carretera del Paso del Águila, y un rayo de esperanza vino a levantar mi espíritu abatido.

Mis guardias se apresuraron a comer apenas tortillas con frijoles, y me ofrecieron una porción bastante generosa que acepté con gusto.

Se habían enterado como yo que los franceses merodeaban por los alrededores, y querían probablemente llegar a Santa Rosa esa misma noche, con el objeto de encontrarse al abrigo de los ataques de la avanzada imperial que peleaba en el campo.

No sabían que yo estuviese al tanto de la causa de esta partida precipitada, pero como lo dije antes, a mí me lo habían informado al mismo tiempo que a ellos.

Así que yo deseaba con todas mis fuerzas lo que ellos parecían temer: el encuentro con algún destacamento de tropas francesas que bien podría haber invertido los papeles haciéndolos prisioneros a su vez y devolviéndome mi libertad.

VI

Nos pusimos en camino con gran apresuramiento y creí percibir, esta vez, que me había vuelto objeto de una vigilancia mucho más severa. Me habían apretado las cuerdas con una atención que no presagiaba nada bueno; y había que temer que en caso de un ataque repentino yo fuera el primero en recibir las balas amigas de los franceses.

No obstante habíamos galopado durante una hora y todavía no habíamos percibido nada que hubiese podido justificar los temores de mi escolta. A pesar de todo, yo seguía con la esperanza, y mi espera no fue larga.

De repente un ruido lejano de voces animadas llegó a mis oídos y mis guardias hicieron alto espontáneo. Se consultaron en voz baja y uno de ellos dijo volviéndose hacia mí:

— Le advierto que al primer movimiento sospechoso de su parte, le vuelo la cabeza.

¡Movimiento sospechoso! Cómo me habría gustado poder hacer movimientos sospechosos, apretujado como estaba con un lazo de cuero que se me encajaba en la carne.

Habría podido gritar; pero mis diablos de chinacos no me dejaron oportunidad de hacerlo. Me amordazaron de prisa, ahogándome con los pliegues de

un feo pañuelo que se les había olvidado confiscarme, en mi captura en la carretera de Salinas.

Me di cuenta de que mis dos juaristas habrían querido encontrarse a cien metros bajo tierra, aunque todavía no estuviesen seguros de la naturaleza de los ruidos que nos llegaban cada vez con mayor claridad.

En cuanto a mí, sólo me quedaba hacerme el muerto, y resignarme, impaciente si les parece bien, pero eso era más o menos lo único que podía hacer en circunstancias tan poco tranquilizadoras. Mientras tanto, mis mexicanos permanecían indecisos y era evidente que no sabían qué hacer.

Su espera no fue muy larga.

Una carcajada prolongada acompañada de una maldición estruendosa acababan de revelarnos con quién nos las teníamos que ver.

Numerosos franceses se acercaban.

Lo único que les impedía vernos era una vuelta en la carretera.

Mis mexicanos no tardaron en darse cuenta de la situación y en dar media vuelta.

Hundiendo las espuelas en los flancos de sus caballos, y obligando a mi montura a tomar la delantera, salieron a todo galope, perseguidos por los militares franceses que acababan de vernos.

Nuestros caballos saltaban e iban raudos como el viento en la carretera que acabábamos de recorrer.

Atado como estaba a mi caballo, que no sentía la mano de un jinete que lo guiara y que hacía esfuerzos por derribarme, fui presa de un vértigo que pronto me hizo perder el conocimiento.

Oí vagamente algunos disparos; pude ver, como entre sueños, el uniforme azul cielo de los cazadores de África que galopaban a mi alrededor, y eso fue todo.

VII

Cuando recobré el conocimiento, estaba recostado al pie de un árbol y un soldado del tren me presentaba una poción que bebí con avidez.

Después de apaciguar la ardiente sed que me devoraba, lo primero que hice fue tocarme para ver si estaba *todo* en su lugar. No faltaba nada; no tenía más

que una ligera herida en la mano derecha. Una bala francesa me había dado un rozón en la coyuntura del dedo medio durante la desenfrenada carrera que me habían hecho dar mis *amigos* los chinacos. Miré a mi alrededor y vi, con cierta satisfacción, que mis guardias de la mañana eran mis prisioneros de la noche. Mis dos juaristas estaban fuertemente atados a las ruedas de un carro del tren que acompañaba al escuadrón de los cazadores de África a quienes debía yo la libertad.

En esas estaba, cuando un brigadier avanzó hacia mí y me preguntó cómo me sentía.

Reconocí a un compañero de guarnición de Tampico, y me contó en pocas palabras que su destacamento iba camino a Camargo en Piedras Negras, de donde debía ir a reunirse con la expedición que se preparaba a invadir los estados de Durango y Chihuahua.

Di las gracias a mi buena estrella por haber caído en tan buenas manos.

Ocho días después, con el brazo derecho en cabestrillo, y sin tener la menor gana de ir a ver a Anita al pasar por Monterrey, tomaba la carretera de Matamoros en la diligencia que iba a Laredo.

Ahí encontré a la primera compañía de infantería de la contraguerrilla, que había vapuleado, unos días antes, a un batallón de la brigada de Cortinas.

Me presenté al capitán comandante, quien ya me conocía, y quien me felicitó por la buena manera en que se resolvió mi escapada de enamorado.

Me reuní con mi escuadrón, que partía a las costas del Pacífico, y nunca volví a ver a Anita, aunque no he olvidado todavía mis paseos por la plaza de Monterrey.

VIII

Fue en 1869.

Mi carrera militar había terminado bruscamente con la ejecución del Cerro de las Campanas.

Después de haber visitado Francia con la mayoría de mis compañeros de armas y de haber pasado unos meses en Nueva Orleans, había regresado a México.

Era empleado como contador intérprete, en el ferrocarril de Veracruz a México. Esa línea empezada desde hacía ya muchos años por fin estaba terminada en toda su extensión, de Veracruz a la capital, y, para celebrar tal acontecimiento, había un gran banquete en el palacio municipal de Puebla. El presidente de la República asistía acompañado de un numeroso estado mayor. Los gobernadores de los diferentes estados también habían respondido a la invitación de los capitalistas ingleses que habían llevado a buen fin, a pesar de las incontables dificultades que había engendrado la guerra civil, la empresa de unir México con el litoral del golfo mediante una vía férrea.

Yo asistía a la celebración como empleado, y ver a todos estos generales del ejército de Juárez me traía a la cabeza muy tristes recuerdos.

Por casualidad, durante el gran baile de gala que tuvo lugar para clausurar las alegrías del día, me encontré cerca del gobernador del estado de Nuevo León: el general Gerónimo Treviño.

Me acordaba de su cara: era mi hombre de Lampasas, el que había tomado la decisión de mandarme a Santa Rosa, a donde nunca llegué, en vez de hacerme bailar en la punta de una rama de árbol, como era la costumbre en aquellos tiempos.

Le debía reconocimiento. Le pedí a un amigo que me presentara, y empecé una conversación.

Después de las cortesías de rigor en ocasiones semejantes, le pregunté si recordaba, de casualidad, las circunstancias de nuestra primera entrevista en Lampasas en 1866. Recordaba mi cara y me pidió que le refrescara la memoria con un relato pormenorizado de los acontecimientos que habían marcado nuestro primer encuentro.

Le conté mi historia, y me felicitó por haber podido, en tiempos tan difíciles, salvar la vida.

Charlamos largamente, y me confesó que había yo tenido la suerte muy particular de no haberlo encontrado quince días después.

Le pregunté la razón.

— Mi brigada dejó Lampasas al día siguiente de su salida hacia Santa Rosa, me contestó. Nos fuimos a Durango con la idea de atacar al coronel Jeanningros, que se encontraba guarnecido ahí con un batallón de la Legión

Extranjera. Atacamos con fuerzas superiores, y el valiente coronel tuvo que evacuar la ciudad y retirarse ante nuestras tropas. Teníamos razón en pensar que íbamos a quedarnos como dueños de la región, al menos por algunos días, ya que gran parte de las tropas francesas en ese momento estaba ocupada en la Tierra Caliente. No habíamos contado con Dupin, que andaba rondando por ahí. Dos días después de que entramos, Jeanningros, a quien creíamos en plena retirada, regresó a la carga y nos atacó con mucha fuerza, como para que me decidiera a destacar dos regimientos de mi brigada para combatirlo en campo abierto. Ese diablo de Dupin se había puesto de acuerdo con él, y nuestros soldados apenas habían atravesado las fortificaciones y abierto fuego contra la Legión Extranjera, cuando dos escuadrones de jinetes y una batería de campaña de contraguerrilla, escondidos en el chaparral, se precipitaron por nuestra retaguardia. Yo estaba al mando en persona, pero mis hombres creyeron por los gritos que lanzaban los diablos colorados que estábamos enfrentando fuerzas superiores. El pánico apareció, y regresamos en desorden a Durango, luego de haber perdido quinientos hombres, muertos, heridos y prisioneros. Esa misma noche, con la ayuda de la oscuridad, fuimos obligados, a nuestra vez, a retirarnos ante las fuerzas combinadas de Jeanningros y de Dupin. Ya se imaginará mi estado de ánimo. Es lo que me hace decirle que si hubiese tenido entre las manos a un hombre que perteneciera a la contraguerrilla, muy probablemente le habría hecho pasar un mal rato.

— En efecto, contesté, oí al mismo coronel Dupin contar los detalles de este asunto. Pero qué quiere usted, general, a pesar de todos nuestros éxitos de entonces, las circunstancias nos obligaron a abandonar la esperanza de establecer un imperio bajo el sol de México. Esperemos juntos que el porvenir le reserve a su país una era de paz y prosperidad.

El general me estrechó la mano y me dio las gracias por mis buenos deseos para la República Mexicana.

La multitud no tardó en separarme del general Treviño, y nunca volví a verlo desde entonces; sólo supe que a últimas fechas se unió al gobierno de Porfirio Díaz, después de que él mismo le coqueteó a la candidatura para ocupar la silla de presidente de la República. ¶